

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA

Publicaciones

Especiales del Departamento de Filosofía

PUBLICACION ESPECIAL Nº90
SERIE ENSAYOS

2000

Subdirector
Guillermo Valliquos

Comité Editorial
Jorge Acavedo
María Isabel Plafisch
Carlos Miranda
Paz Valenzuela

Organismo Editor
Departamento de Filosofía

Serie de la Publicación
Ensayos
Traducciones
Textos

Cursos y Seminars
Documentos del Grupo Cognición y Praxis

ENRIQUE SAEZ

Publicación Universitaria Periódica

FILOSOFIA Y LITERATURA: ANTECEDENTES
PARA EL CONCEPTO DE TOLERANCIA

FILOSOFIA Y LITERATURA: ANTECEDENTES PARA EL CONCEPTO DE TOLERANCIA

Enrique Sáez Ramdhor

La búsqueda de la verdad en la filosofía

Cuando éramos muchachos y el mundo nos enseñaba su primavera, su plenitud inigualable, surgieron las primeras dudas, las preguntas que difícilmente podíamos responder. Palabras que no estaban en nuestro lenguaje cotidiano, puro y libre, tocaban a la puerta de la conciencia. No se marchaban por motivo alguno. Exigían de cada uno de nosotros un esfuerzo, dedicación, estudio. Verdad, bien, virtud y tantas otras comenzaron a habitar en nuestros diálogos. A veces, en la conversación con los mayores. En otras, en la formación política variada de la tierra republicana. Pasado el tiempo, se hicieron cada vez más nuestras, sin llegar a ser una costumbre o un mero hábito.

La filosofía no es propiedad de eruditos. No es una tarea excluyente. Más bien, convoca y reúne a los espíritus inquietos, al hombre que de buena fe está dispuesto a escuchar al "otro", a seguir sus ideas, a errar incluso junto a los demás. Todo sea por compartir el sendero, el descubrimiento, la admiración y tal vez la verdad. Así lo hicieron los griegos. El "sólo sé que nada sé" socrático es el comienzo real de la sabiduría. Es también el reconocimiento que somos hombres, que vivimos a medio camino de la apariencia y de la realidad. Contemplemos, en consecuencia, esa extraña flor que es la filosofía, según Nietzsche. Aproximémonos a ella con el fin spinocista de perfeccionar el género humano. No olvidemos que un pueblo culto sin filosofía es un sin sentido.

La búsqueda de la verdad en la filosofía es la labor que tengo por delante. Presentaré mis reflexiones desde la filosofía del idealismo alemán, en especial, de Hegel y Fichte. Ambos, pensadores reconocidos. Ambos también, ilustres hermanos.

En las **Lecciones sobre la Historia de la Filosofía** de Hegel se encuentra el hilo conductor del pensamiento occidental de "casi dos mil quinientos años", en los cuales los hombres de variadas culturas, formaciones, concepciones del mundo o de la realidad, religiones y credos, se dedicaron con esmero y pericia al "más serio de los trabajos", llegar a conocerse, objetivarse a sí mismos. Este trabajo no despreciable exaltado por nuestro autor, es, ni más ni menos, que la filosofía.

En la conclusión a sus **Lecciones** presenta el filósofo una síntesis admirable y a la vez rápida de su propio pensamiento, de las ideas más caras del idealismo alemán del siglo XIX. Así, no se trata de una mera conclusión que da por finalizado un trabajo. Una investigación cualquiera. Presenta sin más en forma clara y precisa su idea de la filosofía, de la historia de la misma y del desarrollo del espíritu. Deja, entrever, también las principales concepciones o nociones de la filosofía que han podido alzarse, levantarse hasta llegar al idealismo de la modernidad. A estos tópicos trascendentales en el contexto de la filosofía, se pueden agregar los siguientes: las filosofías determinadas y la revelación de Dios; el Espíritu del Mundo en tanto espíritu absoluto; la relación entre el Espíritu y el sistema hegeliano, el < cierre > de la historia de la filosofía en 1830; la última filosofía como resultado y necesaria consecuencia de todas las anteriores, y la idea muy propia de su pensamiento acerca del verdadero "reino de los espíritus".

En uno de sus textos más logrados, Hegel nos dice: "Todo este tiempo ha sido necesario para que pudiera llegar a producirse la filosofía de nuestro tiempo, pues el Espíritu del Mundo marchó con paso lento y perezoso hacia esta meta. Lo que nuestra mirada abarca rápidamente en el recuerdo, tardó largos siglos en realizarse. En la realidad, el concepto del espíritu aspira a una evolución totalmente concreta, a plasmarse en una existencia externa, en toda su riqueza, a desarrollar ésta y a brotar de ella. Avanza sin cesar, pues sólo el espíritu es progreso." (*Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, tomo III, p. 513)

¿Cuál es la importancia de las **Lecciones** aludidas? ¿No será éste un libro que compendia el pensamiento humano, al modo de una enciclopedia o de un diccionario? ¿Vale la pena acaso detenerse en consideraciones que podríamos llamar “externas”, “históricas”, usando las consabidas expresiones del propio Hegel? ¿Por qué no hablar desde la **Ciencia de la Lógica** o desde la **Fenomenología del Espíritu**? ¿Por qué desde las **Lecciones** en cuestión?

Diversas son las razones que nos mueven a sostener este criterio. Las **Lecciones sobre la Historia de la Filosofía** muestran a Hegel comentando las ideas de los demás filósofos, desde una perspectiva distinta, propiamente especulativa. Se trata, pues, de un filósofo hablando de o acerca de filósofos. En consecuencia, no estamos en presencia de un mero historiador de la filosofía -que los hay en abundancia- o de un comentador de libros que funda su saber en el conocimiento de otros. Hegel se enfrenta a sus antecesores con autenticidad. Mide sus ideas con sus iguales, sean éstos griegos, latinos o europeos. Realiza una tarea que no es común en la mayoría de los filósofos o pensadores, aunque tampoco es exclusiva de su espíritu. Efectúa, en fin, la tarea solitaria, como ocurriera con Aristóteles, de contarnos una historia de la filosofía.

Una razón, a no dudar más externa, nos lleva a asumir el criterio anunciado precedentemente. Los Cursos dictados por Hegel sobre la historia de la filosofía se remontan a los años 1817, 1818, 1819, 1821, 1824, 1828 y 1830. A estos cursos se deben agregar los impartidos por el filósofo, al iniciar su carrera académica, en el período de Jena. Sin embargo, interesa destacar su trabajo de madurez para cumplir con los objetivos del criterio que hemos asumido. El año 1817 es de relevancia en la constitución del sistema filosófico del autor. En efecto, escribe la primera edición de la **Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas**, explicitando así el sistema en sentido estricto. Además, en 1816 había concluido con singular brillo quizás la obra más relevante de este pensador: la **Ciencia de la Lógica**. Esta última obra no solamente

se encarga de dar contenido al < sistema >, de fundamentarlo con precisión, sino que además se ocupa del < método >, de establecer que éste es inseparable de la cosa misma, que método y contenido de la ciencia lógica no pueden ser separados con tanta arbitrariedad. El ser puro es el comienzo absoluto de la lógica en la perspectiva hegeliana. A este comienzo siguen la nada pura y el devenir. El < sistema > de la lógica o de la < ciencia > se constituirá mediante el automovimiento interior del contenido, como lo establece el autor en la **Introducción a la Ciencia de la Lógica**.

En el año 1818, época en que también dicta un curso sobre la Historia de la Filosofía, Hegel asume la cátedra de la filosofía que quedara vacante a la muerte de Fichte, en 1814. En un **Discurso** pronunciado por Hegel el 22 de octubre de 1818, con motivo de la apertura del curso académico en Berlín, nos dice: "Por mi parte, saludo e invoco la aurora de este espíritu, del cual sólo he de ocuparme, porque sostengo que la filosofía tiene un objeto, un contenido real y este contenido es el que quiero exponer a vuestra vista. Apelo sobre todo al espíritu de la juventud, porque ella es la época feliz de la vida en que aún no se ha extraviado el hombre en los fines limitados de la necesidad exterior, en que puede ocuparse libremente en la ciencia, y amarla con un amor desinteresado, en que el espíritu, en fin, no ha tomado aún una actitud negativa y superficial frente a frente de la verdad, ni se ha perdido en indagaciones críticas, huera y ociosas." (Hegel, G.W.F., **Lógica**, p. 13)

Con estas palabras, el autor se distancia de las formulaciones tradicionales de la filosofía crítica, que viene a ser relevada por el pensamiento idealista. Se habla de un nuevo espíritu y, más precisamente, de su < aurora >. Se dice que la filosofía tiene un objeto y un contenido real. Sus expresiones no buscan que la filosofía imite, repita, copie lo que sostenía la ciencia de la época, la físico-matemática de Newton, admirada por Kant y sus seguidores. La filosofía tiene algo que decir en la vida y solamente ella puede hacerlo. No puede imitar ni tampoco valerse de otro conocimiento. Vale por

sí misma y ante sí misma. Es el momento en que el espíritu está <frente a frente de la verdad>, y que como tal precisa de publicidad. En palabras del filósofo: "La verdad es patrimonio exclusivo de la escuela, es el bien común de la humanidad".

Sin duda, era un desafío intelectual y moral ocupar la cátedra de filosofía de Fichte. No se trataba simplemente de un acto administrativo de la Universidad de Berlín. Tampoco era un capricho. Hegel tenía claridad respecto de este acontecimiento, como también sus más dilectos conocidos. Podemos sostener que la continuidad del idealismo alemán se jugaba en Berlín, en 1818. Sin embargo, no debemos olvidar valores y principios que se conjugaron en ese acto.

Johann Gottlieb Fichte se destacó como uno de los filósofos más importantes de Alemania, pero además como un masón de excelencia según versan distintos documentos y publicaciones. El 11 de abril de 1800 fue admitido en la logia **Pitágoras en la estrella fulgurante**, previa votación unánime de sus miembros. Tras ser inscrito en esa logia filial el 3 de mayo, ya el 8 del mismo mes formaba parte del <Oriente Interior> o <Intimo Oriente>, y el 23 de mayo fue elegido Gran Orador en el <Oriente más Intimo>. Así, en un plazo breve, Fichte alcanzaba una de las dignidades más trascendentales de la masonería alemana. Esta responsabilidad y su propio valer intelectual lo llevan a participar de los trabajos de otras logias, dictando conferencias sobre los temas preponderantes de la Ilustración... Sus planchas son publicadas al poco tiempo en la revista **Eleusinas**. Su pensamiento respecto de estos temas <extra-filosóficos> lo encontramos en su obra **Filosofía de la masonería, Cartas a Constant**. Fichte representaba de alguna forma un mosaico de distintos colores en la cultura germana de la época. El filósofo de la **Doctrina de la ciencia**, el político de los **Discursos a la Nación Alemana** y el masón de las ya mencionadas **Cartas a Constant**.

En efecto, en los **Discursos sobre el amor a la verdad**, de 1793, propone un concepto de verdad más aporético y dialéctico que dogmático. La verdad es dinámica

y corresponde a un proceso, a un desarrollo que se debe respetar. Se trata de un asunto público y que como tal precisa de publicidad. En palabras del filósofo: "La verdad no es patrimonio exclusivo de la escuela; es el bien común de la humanidad... Todos tienen igual derecho a buscarla, disfrutarla y usarla en la medida de su capacidad... La difusión universal de la verdad eleva y ennoblece nuestro espíritu, nos instruye sobre nuestros derechos y deberes. "El lenguaje usado por el autor no sólo corresponde a la filosofía convencional, sino también al trato digno entre hermanos, que busca la unión de los espíritus con los espíritus. Es, además, un bosquejo apresurado y directo de los fines de la ilustración alemana . No debemos olvidar en esta ocasión que Fichte se constituyó en uno de los pensadores más cercanos a la Revolución Francesa. Sentido y tarea, en consecuencia, encontramos los masones en sus palabras.

El ilustre hermano Fichte se inició en la logia **Eugenia del león coronado**, en Danzig, en 1793. Precisamente, cuando escribe sus **Discursos sobre el amor a la verdad**. Al año siguiente fue recibido en la logia **Gunther del león erguido** donde pronuncia un discurso de agradecimiento. Señalemos, a modo de ilustración, algunas de las ideas sostenidas por el hermano Fichte. Nos dice que "el fin del hombre no reside en ningún lugar salvo en el propio hombre"; indica que "la meta última pero inalcanzable del hombre es la **perfección**; su meta alcanzable es el **perfeccionamiento** permanente y continuo, menciona además que "el fin final de nuestra Orden es necesariamente el **perfeccionamiento de todo el género humano**". Agrega también preguntas que podemos considerar universales en todo taller masónico. "¿Por qué teméis realmente la luz? ¿Acaso no deben entrar las consecuencias de nuestra asociación en el mundo? ¿No deben al menos brillar nuestras obras a la clara luz del día?".

En agosto de 1796, Hegel le dedica a su amigo Hölderlin el poema intitulado **Zeusis**, pleno de símbolos, sentidos y referencias que se vinculan tradicionalmente

... las preocupaciones del joven Hegel. Estos versos del Eleusis ilustran a la masonería universal. Este poema, a juicio de Jacques D'Hondt, no se le puede comprender enteramente sin situarlo sobre el fondo de las preocupaciones masónicas (D'Hondt, Jacques, *Hegel Secret*, Presses Universitaires de France, París, 1968). Hegel, Hölderlin y Schelling, los antiguos amigos y compañeros de estudios en Tubinga se hacían llamar entre ellos <los amigos de la verdad>. Seguían con ello las expresiones de Volney y de otros masones franceses. Esta amistad, en consecuencia, no consistía solamente en un entendido profano, sino que además poseía un carácter ideológico a prueba de desmentidos. En una carta de Isaac von Sinclair a Hegel, de 1812, le confidencia las impresiones que le provoca la lectura de la *Fenomenología del Espíritu*.

No sólo ha reconocido el estilo y la exposición del libro, sino que recuerda los tiempos de la alianza de nuestros espíritus. Señala, además, que el destino de ellos se ha elevado por sobre el de los demás hombres. Indica que la *Fenomenología* le recuerda uno de los símbolos más trascendentales de un taller masónico. (Hegel, *Briefe*, I., P. 394 y ss.)

La búsqueda de la verdad, la distancia de todo prejuicio y la fraternidad más pura, encontramos en estos versos del poema de Hegel:

"...placer de la certeza
de hallar más firme, más madura aún la lealtad de la vieja alianza, alianza sin sellos ni promesas,
de vivir solamente por la libre verdad y nunca, nunca,
en paz con el precepto que opiniones y afectos reglamenta."

Ciertamente el filósofo no oculta su admiración por los temas propiamente masónicos. El secreto, la profanación, la Alianza, son términos que se encuentran en los escritos masónicos de la época. El propio Fichte dedicó gran parte de sus escritos y conferencias a comprender el verdadero sentido del secreto en la masonería. El poeta Schiller, autor de la *Oda a la Alegría* y también ilustre hermano,

profundizó las preocupaciones del joven Hegel. Estos versos del **Eleusis** ilustran nuestras afirmaciones:

*"Tus sabios sacerdotes callaron; de tus sagrados ritos
no llegó hasta nosotros tono alguno... En vano busca
el investigador, más por curiosidad que por amor, a la sabiduría".*

Además, las publicaciones de la revista **Minerva** tienen una influencia global, general, en el pensamiento de Hegel. Conoce así las ideas de ciertos pensadores franceses, relacionados todos por un vínculo fraternal e ideológico al decir de los comentaristas. Sin duda, la Revolución Francesa y sus consecuencias son el punto donde confluyeron los intereses e inquietudes de intelectuales, artistas y filósofos de la época. La información progresivamente se agiliza. Abundan las alianzas, confraternidades y grupos de estudio. Francia trae al mundo la esperanza de una nueva vida, de un cambio en las condiciones existenciales de los hombres, en lo espiritual y en lo físico. La Historia se puede dividir, en efecto, antes y después del acontecimiento de 1789. Los pensadores alemanes no hacen una diferencia a este respecto. Desean en muchos de los casos que la libertad conseguida por el pueblo francés pueda ser alcanzada también por los estados alemanes. La figura de Napoleón, tan discutida por historiadores y filósofos, encuentra en nuestro filósofo un respaldo decidido. Napoleón es, para Hegel, "el Espíritu del Mundo" a caballo. Si Francia se había librado de la monarquía absoluta de los Luises, ¿por qué no esperar que Napoleón llevara esa libertad a otras tierras? Y en este punto no pensemos en una libertad cualquiera, sino más bien en una libertad que corresponde a una <ideología>, a un <trazado> previo, a una <alianza> que es a la vez política, económica y simbólica. Ciertamente, la revolución francesa le quitó el sueño a los pensadores de Alemania. Hegel no fue, en modo alguno, la excepción.

Los trabajos de Fichte y Hegel logran, de este modo, en el tiempo una concordancia digna de admirar. Si bien Fichte alcanzó altos grados en la masonería alemana, siendo incluso uno de sus preclaros organizadores, Hegel continúa la faena

sin pausa ni respiro. Hegel aprehende de diversas fuentes, se abre al mundo, posee una actitud empática poco común. Traduce desde joven libros de economía política inglesa; dedica sus primeros años a reflexiones sobre la religión; participa en la dirección de un periódico ideológico durante un año; establece un pensamiento político liberal en los **Principios de la Filosofía del Derecho**; recobra para el pensamiento germano la relevancia de la metafísica; participa en acciones <simbólicas> desde joven; fomenta el <sistema> filosófico en sus escritos y lo vincula a la <ciencia>, al <progreso>, en fin, da cuenta de la realidad como una totalidad armónica, sistemática, que se conoce y se piensa a sí misma.

En el **Prefacio de la Filosofía del Derecho** de Hegel, libro escrito en 1821, alude su autor a una concepción de la filosofía que lo acompañó desde joven. En una de sus partes, reconoce que la filosofía de su época sufre un desprecio general, no sólo en su tierra natal, sino que en la propia Francia. Además, todas las personas se sienten llamadas a juzgar a la filosofía, convencidas a no dudarlo de que poseen su conocimiento. Se le recomiendan métodos, materias específicas y finalidades que debe tener. Se utiliza su nombre, la palabra **filosofía**, para dar cuenta de los discursos sobre economía política en el parlamento inglés, para configurar también una filosofía de la naturaleza o para referirse a materias tan disímiles como los escritos de química. Y todo ello, según muchos, era filosofía en **sentido estricto**, al decir de Husserl.

La ciencia filosófica, la ciencia lógica hegeliana, encuentran una barrera en el tiempo, en las diversas culturas, en la rica multiplicidad del hombre. ¿Qué hacer en estas condiciones adversas? ¿Cómo responder a la falta de tolerancia respecto del estudio y dignidad propia de la filosofía? ¿Cómo no añorar, en el caso de nuestro autor, la bella totalidad de la cultura griega? ¿Por qué no resolver los problemas del presente poniendo la mirada en el mundo griego, como lo harían posteriormente filósofos como Nietzsche y Heidegger? La respuesta de Hegel no se deja esperar: "La tarea de la filosofía es concebir lo que es, pues lo que es es la razón. En lo que

respecta al individuo, cada uno es, por otra parte, **hijo de su tiempo**, del mismo modo, la filosofía es **su tiempo aprehendido** en pensamientos." En efecto, la filosofía está indisolublemente vinculada a la realidad, a lo que es, al "aquí" y al "ahora". Se encuentra comprometida con la razón, fuente de todo conocimiento, lugar propio de la ciencia, de la **sabiduría** en el entendido más antiguo. Sin embargo, el quehacer filosófico no es una labor puramente abstracta, carente de contenido, de substancia al decir de Aristóteles. La filosofía **va a una** con su tiempo y con su dialéctica. No se desliga de él. No busca tampoco un futuro aún inexistente. No es, en suma, un saber encargado de solucionar la mera contingencia, los apetitos políticos, los afanes por cambiar el mundo, como será la idea de Marx.

Filosofía y tiempo, filosofía e historia, filosofía y realidad es la tarea de síntesis emprendida por Hegel. Unas líneas finales del **Prefacio** aludido pueden darnos una idea del pensar hegeliano: "Cuando la filosofía pinta con sus tonos grises ya ha envejecido una figura de la vida que sus penumbras no pueden rejuvenecer, sino sólo conocer; el **buho de Minerva** recién alza su vuelo en el ocaso".

Las inquietudes de Fichte y Hegel tienen un denominador común: el pensamiento del venerable hermano Godofredo Lessing. En uno de sus escritos este importante filósofo de la ilustración alemana señala: "Si Dios tuviera en su diestra toda la verdad y en su mano izquierda sólo el impulso a la verdad, aun con la condición de vagar eternamente perdido, y me dijera: "¡Escoge!", le respondería: "¡Padre!", he elegido. La verdad perfecta es sólo para tí. Para mí, yo prefiero la inquietud de la búsqueda". (*Dúplica*, 1)

La búsqueda de la verdad en la filosofía es una tarea que realizaron con maestría los pensadores modernos y que buscamos efectuar los contemporáneos. Las dificultades de esta búsqueda, de esta persecución, no son menores. Es más cómodo, sin duda aceptar una verdad establecida o reconocida por muchos hombres. Evitar las dudas, las persistentes interrogantes es un camino seguido por gran parte de la humanidad. Vivir solamente el instante. Pensar lo mínimo. Seguir falsos ídolos y promesas encantadoras se ha transformado en un trajín mecánico, baldío, terriblemente mustio. El hombre de nuestros días se deshumaniza, se gasta cual metal innoble, se angustia sin reconocerlo. Incluso, de la nada, de la más radical nada, tiene una experiencia pobre.

Buscar la verdad es un grato desafío que asumen los filósofos, cada uno de ellos desde su propia concepción del mundo y de la realidad. También es un desafío, como lo hemos visto en el trabajo, de los masones. Sin embargo, nuestra inquietud se encuentra aún incompleta. La tarea no está realizada. La verdad, que gusta ocultarse al decir de los pensadores, espera nuestro tranco, nuestras luces, nuestro cuidado. ¿Cómo involucrar al hombre en nuestra búsqueda? ¿Debemos excluir a quienes no piensan como nosotros? ¿Por qué no acoger a toda la "humanidad" del hombre? ¿Por qué no convidar a los profanos a esta tarea universal, histórica, generosa y abierta?

En el sepelio de Martin Heidegger, el Profesor Welte, de la Universidad de Friburgo, en parte de su alocución sostuvo esta idea: *"Fue siempre un buscador y siempre estuvo en camino. Con ahínco designó él muchas veces su pensar como un camino. En este camino peregrinó sin descanso, en él hubo virajes y vueltas, hubo también, por cierto, trechos erráticos. Heidegger entendió siempre el camino como un camino que a él le había sido destinado y señalado. Buscó su palabra como*

respuesta a un señalamiento al que él escuchó de continuo. Pensar fue para él dar gracias, agradecida respuesta a la asistencia".

El discurso de Welte termina con las siguientes palabras, sin duda familiares: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Por que todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá".

TEXTOS ESCOGIDOS DE HEGEL

ANEXO

TEXTOS ESCOGIDOS DE HEGEL

Mi vista hacia la eterna bóveda celestial se alza,
 hacia vosotros, ¡astros radiantes de la noche!,
 y el olvido de todo, deseos y esperanzas,
 de vuestra eternidad fluye y desciende.

(Hegel, Eleusis, dedicado al poeta Hölderlin en agosto de 1796; en Escritos de Juventud, F. C. E., México, 1981, p. 213).

¡bienvenidos seáis.
 oh elevados espíritus, altas sombras,
 fuentes de perfección resplandecientes!
 No me asusta... Yo siento que es mi patria también
 el éter, el fervor, el brillo que os baña.
 ¡Que salten y se abran ahora mismo las puertas de tu santuario,
 oh Ceres que reinaste en Eleusis!
 Borracho de entusiasmo captaría yo ahora
 visiones de tu entorno,
 comprendería tus revelaciones,
 sabría interpretar de tus imágenes el sentido elevado,
 oíría los himnos del banquete divino, sus altos juicios y consejos...
 Pero tu estruendo ha enmudecido, ¡oh Diosa!
 Los dioses han huido de altares consagrados

y se han vuelto al Olimpo,
 ¡huyó del profanado sepulcro de los hombres
 de la inocencia el genio, que aquí les encantaba!...
 Tus sabios sacerdotes callaron; de tus sagrados ritos
 no llegó hasta nosotros tono alguno... En vano busca
 el investigador, más por curiosidad que por amor,
 a la sabiduría (tal hay en los que buscan y a Ti te menosprecian)...

(op. cit., p. 214)

Era para tu hijo tan abundante en altas enseñanzas tu culto,
 tan sagrada la hondura del sentimiento inexpressable,
 que no creyó dignos de ellos secos signos.

Pues casi no lo era el pensamiento, aunque sí el alma,
 que sin tiempo ni espacio, absorba en el pensar de lo infinito,
 se olvidó de sí misma y se despierta ahora de nuevo a la conciencia.
 Pero quien de ello quiera hablar a otros,
 aun con lengua de ángel, sentirá en las palabras su miseria.
 Y le horroriza tanto haberlas empleado en empedaquesarlo
 al pensar lo sagrado, que el habla le parece pecado
 y en vivo se clausura a sí mismo la boca.
 Lo que así el consagrado se prohibió a sí mismo, una ley sabia
 prohibió a los más pobres espíritus hacer saber

cuanto vieran, oyeran o sintieran en la noche sagrada:
para que a los mejores su estrépito abusivo
no molestara en su recogimiento ni su hueco negocio de palabras
les llevara a enojarse con lo sagrado mismo, y para que éste
no fuera así arrojado entre inmundicias, para que nunca
se confiara a la memoria, ni tampoco
fuera juguete y mercancía del sofista
vendida igual que un óbolo,
ni manto del farsante redicho, ni tampoco
ferula del muchacho piadoso, y tan vacío
quedara al fin que solamente en eco extrañas lenguas
siguieran conservando raíces de su vida.
Porque tus hijos, Diosa, no exhibieron
por calles y por plazas tu honor, sino que avaros
en el santuario de su pecho lo guardaban.
Por eso no vivías tú en su boca.
Te honraban con su vida. Aún vives en sus hechos.
¡También en esta noche te he escuchado, divinidad sagrada,
a ti, que me revelas a menudo la vida de tus hijos;
a ti, que yo presiento que a menudo eres el alma de sus hechos!
Eres el alto pensamiento, la fe sincera,
que una Deidad, aunque todo se hunda, nunca se desmorona.

(ib. cit., pp. 214-215)

en Atenas, el custodio de los Misterios eleusinos y los vecinos de la Samotracia tenían a su cargo la conservación y el cuidado de uno de los cultos tributados a los dioses, como el Espíritu del Mundo cultivó y desarrolló en la nación judaica una conciencia superior a la de otros pueblos, para

El Espíritu del Mundo, ocupado en demasía con esa realidad, no podía replegarse hacia adentro y concentrarse en sí mismo. Pero ahora que esta corriente de la realidad ha encontrado un dique, que la nación alemana ha sabido irse modelando sobre la tosca materia, que ha salvado su nacionalidad, raíz y fundamento de toda vida viva, tenemos razones para confiar en que, al lado del Estado, en que se concentraba hasta hace poco todo el interés, se levante también la Iglesia; que, al lado del reino de la tierra, hacia el que se encauzaban hasta ahora todos los pensamientos y todos los esfuerzos vuelva a pensarse también en el reino de Dios.

(Hegel, Lecciones sobre la Historia de la Filosofía, Discurso Inaugural en la Universidad de Heidelberg, 28 de octubre de 1816; tomo I, p. 3.

La historia de la filosofía nos revelará cómo en los otros países de Europa en los que con tanto celo y prestigio se cultivan las ciencias y la formación del entendimiento, la filosofía, excepción hecha del nombre, decae y desaparece para quedar convertida tan sólo en un recuerdo, en una vaga idea, y únicamente se conserva como una peculiaridad característica de la nación alemana. La naturaleza nos ha asignado la alta misión de ser los guardianes de este fuego sagrado, como el linaje

de los Eumólpidas era, en Atenas, el custodio de los Misterios eleusinos y los vecinos de la isla de Samotracia tenían a su cargo la conservación y el cuidado de uno de los más altos cultos tributados a los dioses; como el Espíritu del Mundo cultivó y salvaguardó en la nación judaica una conciencia superior a la de otros pueblos, para que pudiera surgir de ella, convertido en un nuevo Espíritu.

(*op. cit.*, pp. 3-4)

Bien puede afirmarse que, desde que la filosofía comenzó a cobrar relieve en Alemania, nunca había llegado esta ciencia a verse tan mal parada como en los momentos actuales, nunca habían navegado por su superficie con tal arrogancia la vacuidad y la presuntuosidad, dándose aires de tener el cetro en sus manos. Pues bien, es necesario que nos convenzamos de que el profundo espíritu de la época nos encomienda la misión de luchar contra esta superficialidad, laborando con una seriedad y una honradez auténticamente alemanas para sacar a la filosofía de la soledad en que ha ido a refugiarse. Saludemos todos juntos la aurora de un tiempo mejor, en que el espíritu, hasta ahora arrastrado hacia el exterior, pueda replegarse hacia sus adentros y volver en sí, ganar el espacio y el suelo necesarios para su reino propio, en donde los ánimos se eleven sobre los intereses cotidianos y se dejen ganar por lo verdadero, lo eterno y lo divino, elevándose hacia la contemplación y la asimilación de lo más alto.

(*op. cit.*, p. 4)

El valor de la verdad, la fe en el poder del espíritu, es la primera condición de la filosofía. El hombre, que es espíritu, puede y debe considerarse digno de lo más alto, jamás podrá pensar demasiado bien en cuanto a la grandeza y el poder de su espíritu; y si está dotado de esta fe, no habrá nada, por arisco y por duro que sea, que no se abra ante él. La esencia del universo, al principio cerrada y oculta, no encierra fuerza capaz de resistir al valor de un espíritu dispuesto a conocerla: no tiene más remedio que ponerse de manifiesto ante él y desplegar ante sus ojos, para satisfacción y disfrute suyo, sus profundidades y sus riquezas.

(ib. cit., p. 5)

El espíritu del mundo, absorbido como estaba por la realidad y desgarrado exteriormente, no podía replegarse sobre sí mismo y gozar así de sí mismo en su propio elemento. Pero, puesto que este torrente de la realidad es ahora dividido, y que el pueblo alemán ha restablecido esa nacionalidad, que es el fundamento de toda vida real, ha llegado también el tiempo en que, al lado del gobierno del mundo exterior, se podrá ver elevarse en el Estado el libre reino del pensamiento. Y el espíritu ha manifestado ya su poder en cuanto sólo las ideas y lo que es conforme a las ideas puede hoy sostenerse, y en cuanto sólo aquello tiene valor que puede justificarse ante la inteligencia y el pensamiento.

(Hegel, Discurso en la Universidad de Berlín, el 22 de octubre de 1818; en Lógica, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1971, pp. 9-10).

En esta Universidad, que es la Universidad del centro de Alemania, es donde la ciencia, que es el centro de toda la educación del espíritu, de toda ciencia y de toda verdad, la filosofía, quiero decir, debe encontrar su puesto verdadero y ser estudiada con más ardor. Pero, al lado de esta vida espiritual, que es el elemento fundamental de la existencia de un Estado, hemos visto comenzar ese gran combate en que los pueblos se han asociado a sus jefes para asegurar su independencia y la libertad del pensamiento, y para sacudir el yugo de una dominación violenta y extraña. Obra es ésta del poder interior del espíritu, en el cual se ha despertado la conciencia de su energía, y que en este sentimiento ha enarbolado su bandera y ha manifestado su poder en la realidad. Por estas empresas vastas y profundas el espíritu se eleva a su dignidad, bórrase lo que hay de vulgar en la vida e insignificante en los intereses, y las opiniones y las miras superficiales son desnudas y desvanecidas. Este pensamiento serio es el que, apoderándose del alma, cimenta el verdadero terreno sobre el cual ha de alzarse la filosofía. Ella es imposible allí donde la vida es absorbida por los intereses y las necesidades cotidianas y donde dominan opiniones frívolas y vanas. En el alma que estas necesidades y opiniones han esclavizado, no hay ya lugar para esa actividad de la razón que indaga sus propias leyes.

(op. cit., pp. 10-11).

La necesidad más seria es la de conocer. Es aquella por la cual el ser espiritual se distingue del ser puramente sensible, y por esto es la necesidad más profunda del espíritu, y, por lo tanto, una necesidad universal. A las preocupaciones serias de nuestro tiempo se debe su aparición con la señal distintiva del espíritu alemán. En las otras naciones se cultiva siempre la filosofía, o, mejor dicho, se encuentra siempre en ellas su nombre. Pero si el nombre subsiste, el sentido y la cosa han cambiado o desaparecido, de modo que no están en él sino en el estado de recuerdo o de presentimiento. En Alemania es en donde se ha refugiado esta ciencia y en ella es en donde vive. A nosotros ha sido confiada la custodia de esta luz divina y es un deber para nosotros rodearla de nuestros cuidados, alimentarla e impedir a sí que lo que el hombre posee más elevado, la conciencia de su esencia, se extinga.

(op. cit., p. 11).

Un alma aun sana y pura experimenta la necesidad de alcanzar la verdad en cuyo reino la filosofía habita, el cual funda y del cual participamos cultivándola. Todo cuanto hay de verdadero, de grande y de divino en la vida, obra es de la idea, y el objeto de la filosofía consiste en aprehender la idea en su forma verdadera y universal. En la naturaleza, la obra de la razón está encadenada a la necesidad; pero el reino del espíritu es el reino de la libertad. Todo cuanto forma el lazo de la vida humana, todo cuanto tiene valor para el hombre, tiene una naturaleza espiritual y este reino del

espíritu no existe sino por la conciencia de la verdad y del bien, es decir, por el conocimiento de las ideas.

Me atrevo a desear y a esperar que me será dado ganar y merecer vuestra confianza recorriendo el camino en que vamos a entrar. Pero lo que hoy os pido es confianza en la ciencia y fe en la razón. El amor a la verdad y la fe en el poder de la inteligencia, son la primera condición de la indagación filosófica. El hombre debe tener el sentimiento de su dignidad y estimarse capaz de alcanzar las más altas verdades. Nada se pensará demasiado grande de la magnitud y el poder de la inteligencia. La esencia oculta del universo no tiene fuerza que pueda resistir al amor a la verdad. Ante este amor, el universo debe revelarse y desplegar todas las riquezas y profundos misterios de su naturaleza.

(op. cit., pp. 13-14).

Este tratado, pues, en tanto contiene la ciencia del estado, no debe ser otra cosa que el intento de concebir y exponer el estado como algo en sí mismo racional. En su carácter de escrito filosófico, nada más alejado de él que la pretensión de construir un estado tal como debe ser. La enseñanza que puede radicar en él no consiste en enseñar al estado cómo debe ser, sino en enseñar cómo él, el universo ético, debe ser conocido.

La tarea de la filosofía es concebir lo que es, pues lo que es es la razón. En lo que respecta al individuo, cada uno es, por otra parte, hijo de su tiempo; del mismo modo, la filosofía es su tiempo aprehendido en pensamientos. Es igualmente insensato

creer que una filosofía puede ir más allá de su tiempo presente como que un individuo puede saltar por encima de su tiempo, más allá de Rodas.

(Hegel, Principios de la Filosofía del Derecho, Prefacio, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1975, p. 24).

Lo que está entre la razón como espíritu autoconsciente y la razón como realidad presente, lo que separa aquella razón de ésta y no encuentra en ella su satisfacción, es el obstáculo de algo abstracto que no se ha liberado para llegar al concepto. Reconocer la razón como la rosa en la cruz del presente y con ello gozar de éste, esta visión racional es la reconciliación con la realidad, que concede la filosofía a aquellos que alguna vez han sentido la exigencia de concebir y al mismo tiempo conservar en lo sustancial la libertad subjetiva, y de no abandonarla en lo particular y contingente, sino llevarla a lo que es en sí y por sí.

(op. cit., p. 25).

(Hegel, Lecciones sobre la Historia de la Filosofía, tomo III, p. 512).

Para agregar algo más sobre la pretensión de enseñar cómo debe ser el mundo, señalemos por otra parte, que la filosofía llega siempre tarde. En cuanto pensamiento del mundo, aparece en el tiempo sólo después que la realidad ha consumado su proceso de formación y se halla ya lista y terminada. Lo que enseña el concepto, lo

muestra con la misma necesidad la historia: sólo en la madurez de la realidad aparece lo ideal frente a lo real, y erige a este mismo mundo, aprehendido en su sustancia, en la figura de un reino intelectual. Cuando la filosofía pinta con sus tonos grises ya ha envejecido una figura de la vida que sus penumbras no pueden rejuvenecer, sino sólo conocer, el buho de Minerva recién alza su vuelo en el ocaso.

(op. cit., p. 26).

En la actualidad, el punto de vista de la filosofía es que, conocida la idea en su necesidad, se conozcan también los lados de su dirección, naturaleza y espíritu, cada uno de ellos como representación de la totalidad de la idea, y no sólo como idéntico en sí sino como haciendo nacer de sí mismo esta identidad una, y conociéndola así como necesaria. Naturaleza y mundo espiritual o historia son las dos realidades: lo que es como naturaleza real es imagen de la razón divina; las formas de la razón consciente de sí misma son también formas de la naturaleza.

(Hegel, Lecciones sobre la Historia de la Filosofía, tomo III, p. 512).

Hasta aquí ha llegado el Espíritu del Mundo, cada fase ha encontrado su forma propia en el verdadero sistema de la filosofía: nada se ha perdido, todos los principios

se han conservado, en cuanto que la última filosofía es la totalidad de las formas. Esta idea concreta es el resultado de los esfuerzos del espíritu a lo largo de casi dos mil quinientos años del más serio de los trabajos, objetivarse a sí mismo, llegar a conocerse.

Todo este tiempo ha sido necesario para que pudiera llegar a producirse la filosofía de nuestro tiempo, pues el Espíritu del Mundo marchó con paso lento y perezoso hacia esta meta. Lo que nuestra mirada abarca rápidamente en el recuerdo, tardó largos siglos en realizarse. En la realidad, el concepto del espíritu aspira a una evolución totalmente concreta, a plasmarse en una existencia externa, en toda su riqueza, a desarrollar ésta y a brotar de ella. Avanza sin cesar, pues sólo el espíritu es progreso. A veces, parece como si se perdiese y olvidase; pero, contraponiéndose interiormente, se desarrolla sin cesar interiormente —como Hamlet dice del espíritu de su padre: “¡Bien has trabajado, inteligente topo!”—, hasta que por fin, fortalecido dentro de sí, rompe la corteza terrestre que le separaba de su sol, de su concepto. En estas épocas en que la corteza terrestre se desmorona como un edificio podrido y sin alma, y el Espíritu se revela revestido de nueva juventud, calza las botas de siete leguas.

(op. cit., p. 513).

Así, pues, en primer lugar, no debe menospreciarse lo adquirido por el Espíritu, y concretamente ahora. Debemos honrar lo viejo, comprender su necesidad como un

Queda cerrada así la historia de la filosofía. La historia de la filosofía —después de todo— es un eslabón en esta cadena sagrada, pero un eslabón solamente. Lo más alto, lo más importante de todo, es el presente. En segundo lugar, las filosofías determinadas no son precisamente filosofías a la moda, ni son por tanto fortuitas, llamaradas de fuego de paja, erupciones que brotan aquí y allá, sino un progreso espiritual y racional: son necesariamente una filosofía que evoluciona, la revelación de Dios, tal y como se sabe a sí mismo. Allí donde aparecen a un tiempo mismo varias filosofías, son distintos lados que forman una totalidad, en la que aquéllas se basan; su unilateralidad es la que hace que las unas sean refutadas por las otras

(op. cit., p. 514).

Tal es, a partir de ahora, la necesidad de los tiempos generales y de la filosofía. Ha surgido una nueva época en el mundo. Parece que ahora ha logrado el Espíritu del Mundo deshacerse de toda esencia objetiva extraña y comprenderse, por fin, como espíritu absoluto, engendrando de sí mismo lo que es objetivo para él y reteniéndolo tranquilamente en su poder. Termina la lucha entre la conciencia finita de sí mismo y la conciencia absoluta de sí mismo, que aquél creía encontrarse fuera de él. La conciencia finita de sí mismo ha dejado de ser finita; y, de este modo, por otra parte, la conciencia absoluta de sí mismo ha cobrado la realidad de que antes carecía.

(op. cit., p. 517).

Queda cerrada, así, la historia de la filosofía. La historia de la filosofía —deseo que lo hayan ustedes comprendido así, a lo largo de nuestra exposición— no es una ciega colección de ocurrencias y sucedidos, ni es tampoco una sucesión fortuita de hechos. Lejos de ello, hemos intentado poner de manifiesto la necesaria aparición de las filosofías como resultado las unas de las otras, de tal modo que cada una de ellas presupone, sencillamente, la que le precede.

(op. cit., p. 517).

La filosofía última contiene, por tanto, a las anteriores, resume dentro de sí todas las fases anteriores, es el producto y el resultado de todas las que le preceden. Hoy, ya no sería posible ser, por ejemplo, platónico. Hay que saber remontarse, asimismo, por sobre las pequeñeces de las opiniones, los pensamientos, las objeciones y las dificultades aisladas, así como también por sobre la propia vanidad de creer que se ha pensado algo especial. El captar el espíritu sustancial interior es, en efecto, el punto de vista del individuo; dentro del todo, los individuos son como ciegos empujados por el espíritu interior de él. Nuestro punto de vista es, pues, el conocimiento de esta idea como espíritu, como espíritu absoluto, que se enfrenta, así, con otro espíritu, el finito, cuyo principio estriba en conocer el espíritu absoluto, para que éste llegue a ser para él.

(op. cit., p. 518).

Nous ne citons pas tous ces vers de l'Ode à la Joie pour établir seulement un rapprochement extérieur —en lui-même intéressant,— entre la pensée de Schiller et celle de Hegel. Ils concernent directement la destinée spirituelle de Hegel. Nous ignorons beaucoup de choses sur la vie de notre philosophe en Suisse, mais quelques lignes d'une lettre de Sonnenschein, les seules que Rosenkranz nous ait conservées, nous apprennent du moins qu'après le départ de Hegel, ses "amis" suisses et la famille Sonnenschein chantaient en chœur l'Ode à la Joie, en souvenir de lui, et en son honneur. Hegel connaissait donc certainement ce chant, qui était aussi fort aimé de Hölderlin et de ses amis Magenau et Neuffer. Et en effet, avant d'être magnifiée par Beethoven dans le final de sa Neuvième Symphonie, en 1824, l'Ode à la Joie avait été mise en musique par Schulz en 1791. et en 1793, par F. Zelter, le confident et l'ami de Goethe.

(Jacques D'Hondt, Hegel secret, PUF, 1968, p. 241).

Si l'idée du Bund hante en effet tous les esprits de ce temps, elle est aussi rattachée constamment par eux à la Franc-Maçonnerie. Dans le Bund dont il célèbre la naissance, Hölderlin voit rassemblés ceux qu'il appelle ses frères (Brüder), et Schiller souhaite que tous les hommes deviennent frères. Il emploie plusieurs fois dans son Ode ce terme si cher aux Francs-Maçons. L'amour fraternel (Brüderliebe) est une des vertus que "l'Ordre" recommande à ses adeptes avec prédilection.

Or ce n'est pas un hasard si les thèmes et les termes maçonniques peuplent

l'Ode à la Joie, ce poème que Hölderlin et ses condisciples, que Hegel et ses amis suisses, aimaient chanter sur l'air qu'avait composé le maçon J.P.A. Schutz ou le maçon Zelter, avant que le maçon Beethoven n'en créât pour lui un plus beau! Certains historiens se demandent si Schiller a effectivement appartenu à la Franc-Maçonnerie. D'autres l'affirment, et nous sommes tentés de suivre ces derniers.

Quoi qu'il en soit, il est certain que l'Ode à la Joie a été composée à la demande du maçon Körner pour être utilisée dans les Loges.

(op. cit., p. 242).

Le poème s'inspire très clairement des idées et des sentiments qui régnaient alors dans la Franc-Maçonnerie allemande, et d'ailleurs on a parfois cru pouvoir trouver ses sources dans certains chants maçonniques en usage à cette époque. Schiller était lié à la Maçonnerie par de nombreuses amitiés personnelles. Il avait bénéficié de l'aide de maçons généreux, inspirés par l'idéal "cosmopolitique". Ainsi, à un moment où il allait succomber à la misère la plus extrême, l'écrivain danois Baggesen, maçon lui-même, était venu à son secours et avait obtenu de deux "frères" éminents, Frédéric-Christian de Schleswig-Holstein et Ernest comte von Schimmelmann, ministre danois, un don d'honneur pour le poète malheureux (mille thaler par an, pendant trois ans). Hölderlin, ami et protégé de Schiller, ne devait rien ignorer de cette affaire. Il connaissait fort bien Baggesen dont il parle d'ailleurs dans une lettre à Hegel, comme s'il s'agissait d'une

personnalité familière a son correspondant. L'Ode à la Joie a été écrite en 1785, alors que Schiller venait d'être recueilli à Leipzig par son ami Christian Gottfried Körner, franc-maçon notoirement actif.

Hölderlin et Hegel, utilisant avec insistance le terme de Bund, ne pouvaient ignorer ses fréquentes résonances maçonniques. Dans cet usage on le traduit en français par le mot alliance:

"Notre Alliance, dit Goethe, amène tous les Frères à une action commune, l'alliance franc-maçonnique est une alliance universelle".

Et Krause déclare:

"La confrérie maçonnique est le début de la future Alliance de l'humanité".

Goethe et Krause, faut-il le rappeler, comptèrent parmi les amis de Hegel. Comme on le voit par leurs déclarations, ainsi que par l'Ode à la Joie, l'amour fraternel du genre humain, le projet d'une union cosmopolitique (Weltbürgertum) animaient l'idéologie maçonnique.

(op. cit., pp. 243-244).

Para terminar, debo dar a ustedes las gracias por la atención con que han seguido estas mis explicaciones, que me han deparado también a mí, a través de ustedes, una gran satisfacción. Ha sido para mí muy agradable haber podido mantenerme con ustedes en esta convivencia espiritual; y no simplemente haberme

mantenido, sino el haber creado de este modo un lazo espiritual entre nosotros, que ojalá perdure. Y ya sólo me queda despedirme de Uds. Y desearles una vida buena y feliz.

(Las lecciones de este curso se terminaron el 22 de marzo de 1817; el 14 de marzo de 1818; el 12 de agosto de 1819; el 23 de marzo de 1821; el 30 de marzo de 1824; el 28 de marzo de 1828 y el 26 de marzo de 1830).

(Hegel, Lecciones sobre la Historia de la Filosofía. Conclusión, tomo III, F.C.E., México, pp. 518-519).

Las primeras voces: sangre o seda

El primer libro publicado por Neruda es *Crepusculario*, en el que se contienen poemas escritos entre 1920 y 1923. Uno de los aspectos interesantes que encontramos en su lectura es que anuncia la comprensión del "hablante poético" como testigo que da cuenta del dolor humano, lo que será una constante en la obra nerudiana. Además, *Crepusculario* inaugura con singular brillo la idea del poeta que tiene de sí mismo de ser la única voz donde lo ajeno, lo otro, el mundo, encuentra residencia y eco. Unos versos de *Barrio sin luz* alumbran esta condición humana, etérea y terrenal a un mismo tiempo:

"Y aquí estoy yo, brotado entre las ruinas,

mordiendo solo todas las tristezas,

como si el llanto fuera una semilla

y yo el único surco de la tierra".

Esta condición trágica se reiterará una y otra vez en la poesía del autor, como sucede en las primeras *Residencias*, en las *Odas Elementales* e, incluso, en el *Canto General*. El poeta no puede olvidar el sufrimiento del hombre, las muchas angustias, las muertes del día a día. Es más, tiene la obligación cósmica, infinita, de situarlas en su canto, de llevarlas a plena poesía. Esta tarea, ordenada por los

ioses o por el hombre, exalta gradualmente las contradicciones del poeta, su disconformidad con un mundo que a grandes rasgos no acepta, su protesta no sólo política, sino que más bien vivencial.

Pero esta obligación en el caso de nuestro poeta no trae a nuestros ojos la pura desolación. Tampoco una visión negativa de la realidad. La voz del poeta surge de las ruinas, se nace a sí mismo de la tristeza, de la persistente lluvia de temuco que lo acompañará, con fidelidad, a su lecho de muerte. La esperanza, los sueños, el anhelo de trascendencia, la belleza del pueblo brotan incesantemente en la obra nerudiana.

Esta admirable síntesis que demuestra Neruda en sus versos y en su propia vida dan paso al ansia de totalidad tan presente en este autor. El poeta busca abarcarlo todo, asumir lo infinito en el contexto de la vida humana, sin exclusiones, sin verdades a medias. Dar cuenta de la realidad en un solo y gigantesco poema cósmico fue un sueño declarado varias veces por nuestro autor. Entrada a Madera, Alturas de Machu-Picchu, El Hombre Invisible y Fin de Mundo son algunos ejemplos de esta tentativa, de este arduo camino en la poesía chilena universal.

El poeta mexicano Octavio Paz escribe lo siguiente en el ensayo titulado El arco y la Lira: "...el poeta que encarna mejor este período es Pablo Neruda. Ciertamente el más abundante y desigual y esto perjudica su comprensión; también es cierto que casi siempre es el más rico y denso de nuestros poetas. La vanguardia tiene dos tiempos: el inicial de Huidobro, hacia 1920, volatilización de la palabra y la

imagen; y el segundo de Neruda, diez años después, ensimismada penetración hacia la entraña de las cosas. No el regreso a la tierra: la inmersión en un océano de aguas pesadas y lentas. La historia del "modernismo" se repite. Los dos poetas chilenos influyeron en todo el ámbito de la lengua y fueron reconocidos en España como Darío en su hora."

Las expresiones de Octavio Paz ponen en su sitio el desarrollo de la poesía chilena; en el siglo XX, en los casos de Neruda y Huidobro. El crecimiento de estos autores no se debe al azar. No ocupan un lugar de relevancia en las letras americanas por mero análisis estético. Se deben más a la vida que a la academia. Diferentes y quizás complementarios muestran los aspectos esenciales del mundo: la imagen, la palabra encantada, parisina, absolutamente modernista en Huidobro; el amor devoto a los materiales, a las cosas, al mundo del hombre, a la poesía sin pureza en Neruda.

Otro tema importante en la poética nerudiana dice relación con la oposición dialéctica entre poesía "metafísica" y poesía "realista". No se trata de una pugna de estilos, por decirlo de alguna forma. Es más bien Neruda consigo mismo. Es la realidad que le tocó vivir. Es su propia historia. Ya en Crepusculario se manifiesta la contraposición:

"No sólo es seda lo que escribo:

que el verso mío sea vivo

Como recuerdo en tierra ajena

para alumbrar la mala suerte .

de los que van hacia la muerte

como la sangre por las venas".

Esta vacilación existencial de los opuestos se expresa en estos versos de *El*

Estribillo del Turco: "La carne pasa, tu vida queda/toda en mi verso de sangre o de seda" (4). Esta disyunción entre la sangre y la seda, entre la vida y la muerte, entre lo real y lo ideal pone de manifiesto la contradicción del ser, las fuerzas que luchan en el alma del poeta, en la tierra ajena de cada hombre. Libros como *Tercera Residencia*, *Canto General* y *Estravagario* aceleran la intensidad de las contradicciones vitales, situándonos en el límite del sin sentido.

En relación a *Crepusculario*, Pablo Neruda hizo algunas precisiones en 1964:

Mi primer libro Crepusculario, se asemeja mucho a algunos de mis libros de mayor madurez. Es, en parte, un diario de cuanto acontecía dentro y fuera de mí mismo, de cuanto llegaba a mi sensibilidad. Pero, nunca, *Crepusculario*, tomándolo como nacimiento de mi poesía...contuvo un propósito poético deliberado, un mensaje sustantivo original."

Entre 1923 y 1924, Neruda escribe dos libros dispares, prácticamente extraños entre sí: *El Hondero Entusiasta* y *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*. No hay sólo diferencia en los estilos, sino también en el contenido en la intención que porta cada uno. En *El Hondero Entusiasta* el poeta sigue los pasos de su primer libro, el cual representa al decir del autor "mi primera voluntad

lica de poesía." La transparencia de estos versos son de una sencillez admirable:

"Quiero no tener límites y alzarme hacia aquel astro.

Mi corazón no debe callar hoy o mañana.

Debe participar de lo que toca,

debe ser de metales, de raíces, de alas.

No puedo ser la piedra que se alza

y que no vuelve

no puedo ser la sombra que se deshace y pasa".

La condición material de la poesía, del invencible canto, se torna patética en estos versos y recoge el deseo nerudiano que su canto fuese "semillas de pan",

susceptible para todos. El deseo de no tener límites, la búsqueda de lo trascendente,

la participación del hombre en las cosas, la necesidad de permanecer en la vida

mueven el corazón de nuestro poeta. Lo van forjando como dignos metales en éste

de sus libros. Estamos ante un poeta vigilante, ante un poeta tutelar, ante un ser

que busca manejar los astros como a los más simples elementos.

¿Cómo entender, a estas alturas, las palabras de los poetas? ¿Por qué su

hablar es tan distinto al lenguaje común, que usamos día a día? Intentemos una

explicación, aunque sea parcial. Cuando el poeta se encuentra en su proceso

de creación está principalmente solo consigo mismo, con los diversos pasajes de la

conciencia propia, con los fantasmas reales o inventados que lleva en su silencioso

interior. Como dice el poeta chileno Pablo Neruda en su poema "El poeta":

quipaje. Es él mirándose a sí mismo, al modo del aprendiz que procura su autoconocimiento. Este momento mágico de unión, de fusión, hermana su ser con las palabras. Así, las palabras o vocablos que leemos en sus versos son sus palabras, propias, inseparables de su espíritu. Tanto es así que podemos saber si se trata de un poema de Neruda, de Gabriela Mistral o de Borges. Para cada uno de ellos cada palabra es específica, particular, tiene una raíz única y está anclada también a una vida única. Caso diferente es el de la prosa o del lenguaje común donde las palabras se encuentran al servicio, por decirlo de algún modo, de lo universal, de lo general, de los razonamientos y criterios convencionales de la lógica.

El poeta chileno Oscar Hahn señalaba en 1990, en una entrevista literaria, lo siguiente: "Pongo mucha presión en las palabras. Les aprieto el cuello hasta hacerlas decir lo que saben; y hasta lo que no saben." En una de las recientes obras de Gabriel García Márquez, titulada *La bendita manía de contar*, establece un criterio fundamental para comprender la poesía: "La poesía no se explica. Si aplico una metáfora, la seco. La poesía comunica...y ya es bastante". A su vez, el poeta Octavio Paz, mencionado en este trabajo, sobre la palabra poética nos dice: "La palabra, al fin en libertad, muestra todas sus entrañas, todos sus sentidos y sus tensiones, como un fruto maduro o como un cohete en el momento de estallar en el cielo. El poeta pone en libertad su materia." En el libro *Las soledades de Babel*, el poeta uruguayo Mario Benedetti escribe estos versos ejemplares: "la poesía viene/ como dios/ o como dicen que usa dios/ sendas inescrutables e infinitas/ y

algunas de ellas/poco transitadas." El mismo autor en otra de sus obras alude a los cambios de su propia poesía: "pero de pronto/casi sin yo advertirlo/mi poesía empezó/ a tener ramas / dunas / colinas / farallones / vaya a saber/ por qué / dejó de ser / poesía en blanco y negro/ y se llenó de verdes/ tantos como follajes." (*El paisaje, en Viento del exilio*, 1986).

Así, no sólo la palabra del poeta es diferente al lenguaje común, a la palabra del cronista o del narrador. Encontramos, además, un riguroso trabajo de los vocablos de parte de los poetas; la concepción bastante generalizada que dice que la poesía no explica o no debiera hacerlo; la puesta en libertad de lo poético para que cada uno de nosotros lo lea, interprete, busque sentidos; la idea que sostiene que en la poesía nos encontramos con un universo secreto, misterioso, difícil de descubrir; como también con los cambios que la poesía de los autores sufre en el tiempo.

En el contexto de las transformaciones, de los necesarios cambios, la poesía de Pablo Neruda no indica una diferencia. La poesía "metafísica", de la más pura soledad, tiene en la primera *Residencia en la Tierra* un logro elevado y a la vez indiscutible. Importantes poetas de distintas latitudes ven en ese libro la realización más acabada de la obra nerudiana. Fue y es objeto de estudios. También lo fue de sufrimientos y angustias de los más jóvenes. Pocos se pudieron substraer a ella. A nadie dejó indiferente.

Sin embargo, los horrores de la Guerra Civil Española, el crecimiento progresivo del nacional-socialismo alemán y del fascismo italiano, la persecución

las ideas en la Europa de la época, provocan un cambio radical en la poesía del autor. Ciertamente, estaba cambiando el mundo en un sentido negativo. En estas condiciones, la voz del poeta se alza para condenar la muerte del hombre a manos del hombre, como también para aproximar sus versos a una actitud de vida militante, de compromiso con los obreros y con quienes estaban privados de libertad.

La fundamentación de este cambio en su poesía, la búsqueda de la solidaridad humana, la aproximación al otro, al prójimo, la definitiva apertura al mundo, se puede ver en estos versos:

"Yo de los hombres tengo la misma mano herida,

yo sostengo la misma copa roja

e igual asombro enfurecido:

un día

palpitante de sueños

humanos, un salvaje

cereal ha llegado

a mi devoradora noche

para que junte mis pasos de lobo

a los pasos del hombre."

No es sueño mi sueño sino tierra, se puede decir desde la poesía nerudiana de *Tercer Residencia*, desde las estrofas firmes de *España en el corazón*, que nos permiten comprender el giro de nuestro poeta. La poesía "realista" o la poesía política, según quien la clasifique, inicia una nueva etapa no sólo en el papel, no sólo para intelectuales, no en el ámbito de lo puramente académico, sino que más bien en la plena humanidad del hombre mismo. Compromiso con la historia. Compromiso con los pueblos. Compromiso con la libertad. En el poema Explico algunas cosas, nos dice:

" Preguntaréis: Y dónde están las lilas?

Y la metafísica cubierta de amapolas?

Y la lluvia que a menudo golpeaba

sus palabras llenándolas

de agujeros y pájaros?

.....

Preguntaréis por qué su poesía

no nos habla del sueño, de las hojas,

de los grandes volcanes de su país natal ?

Venid a ver la sangre por las calles,

venid a ver

la sangre por las calles,

venid a ver la sangre

por las calles ! "

Distancia a lo menos con su primera poesía, lejanía sin duda con la poesía hermética de *Residencia en la Tierra I*. Los motivos, temas, palabras de los primeros años de poesía viven los girones de la época. En una nota que el autor escribió en el poema *Las furias y las penas*, en 1939, señala : "El mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado."

La poesía política de Neruda no fue motivo de indiferencia. Se vió en ella un instrumento para promover y agitar las ideas del marxismo. Se la estimó también como un "retraso" respecto de su poesía más hermética o de los siempre bellos poemas de amor. Proliferaron los argumentos ad hominen, como dicen los lógicos. Criticar al poeta fue casi una moda, especialmente, en Chile. En ocasiones tuve la impresión de vivir en un país sumamente culto donde casi todos conocían los poemas de Neruda.

Uno de los poetas más grandes de las letras españolas de este siglo, Federico García Lorca, arrebatado tempranamente de la vida por manos asesinas, recibió a Pablo Neruda con estas palabras: " Más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca de la sangre que de la tinta; un poeta empapado en voces místicas que él felizmente no puede revelar. Un verdadero hombre, que sabe que el junco y la golondrina son más eternas que la dura mejilla de la estatua." Las expresiones de García Lorca retratan con vivacidad al hombre y al poeta que residen en Neruda. Han pasado a ser clásicas

en toda referencia sería sobre nuestro poeta. Tanto es así que la Declaración de la Real Academia Sueca la consigna en forma íntegra en la fundamentación que hizo del Premio Nobel de 1971.

Como podemos apreciar no sólo sufrimientos tuvo el poeta en las tierras de España. Su casa se conocía como la casa de las flores. Quienes departían con él en veladas de literatura y fraternidad eran flores humanas: Rafael Alberti, el nombrado García Lorca, el inolvidable Picasso y otros intelectuales de renombre. En su libro de memorias, *Confieso que he vivido*, evoca estos simples recuerdos: "Con Federico y Alberti, que vivía cerca de mi casa en un ático sobre una arboleda, la arboleda perdida, con el escultor Alberto, panadero de Toledo que por entonces ya era maestro de la escultura abstracta, con Altolaguirre y Bergamín; con el gran poeta Luis Cernuda, con Vicente Aleixandre, poeta de dimensión ilimitada, con el arquitecto Luis Lacasa, con todos ellos en un solo grupo, o en varios, nos veíamos diariamente en casas y cafés."

La vida de nuestro poeta es absolutamente plena. Nada ni nadie lo detiene en su afán fraterno y solidario. Participa de lleno en congresos de intelectuales venidos de diferentes países y que respaldan a la República; organiza desde París por instrucciones del Gobierno de Chile la inmigración española; dirige la verdadera odisea del Winnipeg, trayendo a puerto chileno a los perseguidos, incluso contra la opinión presidencial que, de pronto, había cambiado. España y sus hombres lo habían rodeado de calor, de amistad, de humanos compromisos. Neruda, en una mínima medida, tendía su mano agradecida, su corazón solidario. Qué efectivos son algunos poetas a la hora de salvar al hombre! Nada de torres

de marfil. Nada de castillos de cristal. nada de "poetas celestes" que nada hicieron.

La gestación de su libro *España en el corazón* es sin duda curiosa, inexplicable, en momentos cuando la guerra comenzaba a perderse. A falta de papel se utilizaron diversos materiales: banderas del enemigo, "la túnica ensangrentada de un soldado moro". La imprenta fue un viejo molino. Los técnicos, soldados republicanos. La situación, bombas que caían permanentemente. Uno de los primeros recitadores, Miguel Hernández, con uniforme de soldado, en primera línea de fuego. La República, sus seguidores, ensayaron la última resistencia del hombre: la poesía.

Pero los ideales brillantes y los sueños del hombre no quedaron sepultados en España, a pesar de la derrota sufrida, a pesar de los amigos del alma muertos. Nuestro poeta se sobrepuso al dolor diseminado, a la negra noche con falsa corona. Tuvo mucha esperanza en su proyecto de vida. Mucha fe en los hombres, en los más humildes, en los trabajadores que, con proverbial generosidad, lo aceptaron como uno más de los suyos. Cuando Neruda recibió el Premio Nobel de Literatura, en 1971, manifestó los distintos momentos de su travesía poética, vital y también militante. Determinó con precisión sus orígenes. Estableció con seguridad su concepción de la poesía y del hombre. Evitó en todo momento considerar al poeta como un "pequeño dios", al decir de Vicente Huidobro. No renegó de nada ni tampoco buscó justificaciones por lo realizado. Así, en el *Discurso de Estocolmo* se hizo, una vez más, responsable de sí mismo. Escuchemos al poeta: "Yo vengo de una oscura provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi

poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía, también con mi bandera."

El reconocimiento de esta actitud del poeta fue destacado, además, por la propia Academia Sueca, que no vio en su poesía una expresión más de las tantas realizadas por los hombres de letras. La antes esquivada Academia sostuvo al final de su *Declaración*: "El se refiere a su tierra, violada y oprimida desde los días de los conquistadores. Pero él mismo, vez tras vez, fue arrojado y perseguido, pero nunca se resignó. La comunidad de los oprimidos la hallamos en todas partes. Esto es lo que él ha buscado sin cesar, tornándose en el poeta de la humanidad doliente."

El "servidor de la Belleza sin fronteras" fue justamente laureado a pocos años de su muerte. Irremediablemente enfermo fue recibido por el pueblo de Chile en el Estadio Nacional. Nefthalí Reyes Basoalto había escrito estos versos a la edad de dieciséis años. El poema se titula *Luna*:

"Cuando nací mi madre se moría

con una santidad de ánima en pena.

Era su cuerpo transparente. Ella tenía

bajo la carne un lumínar de estrellas.

Ella murió. Y nació.

Por eso llevo

un invisible río entre las venas,

un invencible canto de crepúsculo

que me enciende la risa y me la hiela.

Ella juntó a la vida que nació

su estéril ramazón de vida enferma.

El marfil de sus manos moribundas

tornó amarilla en mi la luna llena...

Por eso -hermano- está tan triste el campo

detrás de las vidrieras transparentes...

... Esta luna amarilla de mi vida

me hace ser un retoño de la muerte..."

La poesía de nuestro tiempo no puede escapar de la rebelión, de la protesta, del compromiso social y político. No puede, en buenas cuentas, tapar el sol con un dedo. Pero tampoco puede escapar de la soledad, del abandono, de las penas de amor. "Corazón mío" es un sitio que nos pertenece, decía Neruda. La vida no tiene un único rostro. A lo menos dos. O más bien, muchos. A la poesía le sucede lo

mismo. Ella da cuenta de la vida, de los hombres, de los pueblos.

El poeta chileno Jorge Teillier, fallecido en 1996, abrazaba la ilusión de celebrar el Año Nuevo del siglo venidero con todos los hombres. Eugenio García-Díaz dice en su último libro: "Un día las estrellas bajarán a convivir con los hombres." ¿Qué esperar del siglo XXI? ¿Qué improvisar si lo tenemos a la puerta? ¿Cómo recibirán los más jóvenes a este posible amigo? Dejemos que la respuesta la de un contador de historias, Gabriel García Márquez:

"Recuerden que las cosas de este mundo, desde los trasplantes de corazón hasta los cuartetos de Ludwig van Beethoven, estuvieron en la mente de sus creadores antes de instalarse en la realidad. No esperen nada del siglo XXI. Es el siglo XXI el que lo espera todo de ustedes. Es un siglo que no llega listo desde la fábrica, pero sí listo para ser forjado por ustedes a nuestra imagen y semejanza." (Foro del BID y UNESCO "La visión de la próxima generación: América Latina y el Caribe a las puertas del nuevo milenio, 1998)